

— No tengo lanza — dijole el tirano —
Vuelve á enristrar, y vente, que te espero.
— Pienso — repuso el otro caballero —
Que á probar lanzas me retaste á mí.
¿Cuál es tu arma? — La espada. No acostumbro
Hacer de mi caballo una armería.....
— ¡ Tu lengua ofende más que tu osadía!
Puesto que espada quieres, hela aquí!

Y, así diciendo, con desdén arroja
Lejos la luenga y poderosa lanza,
Con tal destreza y varonil pujanza,
Que el aura surca de fulgente luz.
— ¡ Hola! — observa don Álvaro; — parece
Que sí eres digno de lidiar conmigo;
Algo mejor maneja mi enemigo
La lanza y el bridón que el arcabuz.

Y á la par desnudando los aceros
Con mano firme lentos se acercaron,
Y con gracia y donaire saludaron,
Como lo exige del honor la ley.
Cada cual al principio con sosiego
La defensa, el ataque, al arte ajusta,
Cual dos mancebos que á amigable justa
Llama y observa su señor y rey.

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes las espadas,
Y el puño duro con el puño da.

Todo es arte y destreza — que el despecho
No ha venido á animarlos todavía;
Ni con rencor el corazón latía,

Ni abrigaba venganza el corazón.
Sonríen los hidalgos combatientes,
Y se aman, casi, porque ya se admiran;
Si á la victoria y á la vida aspiran,
No es odio, no es temor, es diversión.

Después de largo batallar se quedan
En solemne reposo, deseado
En silencio por ambos. Apoyado
Cada cual del bridón en la cerviz,
Los dos descansan como sobre pomo,
Y con noble descuido se reclinan,
Ó en los estribos sin temor se empinan,
Pidiendo al aura aspiración feliz.

Á una señal simpática, tornaron
Ambos á prepararse: no se oía
Sino el rudo frotar con que corría
De cabo á punta el fierro matador.
Uno y otro pretenden que su espada
Obtenga la ventaja en la salida,
Tiene el aliento, y atisbando cuida
De no perder la palma del honor.

Mas siente Alvár su acero aprisionado
En el arriaz de la contraria espada,
Donde la punta aguda está trabada
Con arte en la enredada guarnición.
— ¡ Necio! ¡ Tú desarmarme! — airado exclama,
Y el brazo fuerte con desdén retira.
De punta al otro, al descubrirle, tira,
Asesta al rostro, y hiere al campeón.

Salta rota en pedazos la visera,
La sangre tibia de la herida frente
Atorméntale el párpado doliente,
Y casi ciego lidia el infeliz.
Mas no se guarda ya, que la vergüenza
Le pide sangre, y el sediento acero,

Y marcar logra al ágil caballero
Con repetida y honda cicatriz.

Heridos ambos con furor se atacan,
Sus aceros se chocan y golpean,
Y en loca actividad relampaguean,
Bajan, suben, rechinan sin compás.
Ya estocadas violentas, ya fendientes,
Se dan; van, vienen, vuelven y rebotan,
Ó en remolinos anulares rotan,
Relampagueando en convulsión tenaz.

Es la lid espantosa: ya la sangre
Del esbelto adalid el peto empaña;
Y se acercan, se juntan, y en su saña
Golpes sin arte y sin piedad se dan.
Con los brazos tendidos, los corceles
Se olvidan de regir, y en su despecho
Se abrazan, y luchando pecho á pecho
Á la merced de los bridones van.

Los animales lasos se aproximan,
Del natural instinto gobernados,
Y dándose los húmedos costados
Tienden los cuellos afirmando el pie;
Y hacen del lomo generoso un campo
Donde el rencor por el rencor se enciende,
Mientras la inútil, la flotante rienda
Entre sus crines ondular se ve.

Cuatro veces Alvár á su enemigo
Creyó tener seguro entre su abrazo,
Y cuatro veces del estrecho lazo
Soltóse con destreza y rapidez.
Y siempre que él con ansia le aferraba,
Del nudo fuerte estotro se escurría,
Cual de la mano que apretarle ansía
Se escapa en agua resbalando el pez.

Saltan los petos de ambos, y se erizan
De agudos y punzantes gavilanes,
Que de la recia lucha en los afanes
Hiereñ al uno y otro campeón.
Pero ellos no lo sienten; están sordos
Sus cuerpos al dolor, y su existencia
Cobra nuevo vigor en la violencia
De una insana y febril exaltación.

De Álvaro en tanto la melena espesa,
De negra sangre y de sudor cuajada,
Á la rota visera está enredada
Y adherida á las llagas de su sien;
Y los pedazos de metal pendientes
Sobre sus ojos húmedos golpean,
Y les impiden que al contrario vean,
Mientras colgando por su frente estén.

Por el móvil estorbo fatigado,
Lanza una maldición: entrambas manos
Lleva iracundo á sus cabellos canos
Y va á arrancarlos con rabioso afán;
Mas pierde el equilibrio y se despeña
Del caballo don Álvaro rendido,
Que en el arzón con furia sacudido
Cede como la encina al huracán.

Vencido yace: el cuerpo está vencido,
Pero el orgullo no. Si el barro inerte
Sucumbe, el alma, respirando muerte,
Muerte le pide en gracia al vencedor.
—¿Quién eres?—le pregunta.—Soy cadáver,
Porque vencido estoy.—¡Por Dios, responde!
Algún misterio tu existencia esconde;
Yo te miro con lástima y dolor.

—Corona tu victoria; da la muerte;
¡No me importunes más!.....—¡Por Dios, contesta!
—No, no contestaré; que esa respuesta

Me degradara; en mi derecho estoy.
—¡Te lo ruego! Tu sangre derramada
Me inspira horror.—Para eso la he vertido.....
Pero ¿quién eres tú, que me has vencido?
—Yo, Gonzalo de Oyón.—¡Tu hermano soy!

—¡Hermano ¡hermano! ¡Y yo tu seno amigo
He herido!..... ¡Yo!..... ¡Y también está mi mano
Teñida con la sangre de mi hermano!.....
¡Piedad, oh Dios!..... ¡Don Álvaro, perdón!
Sí, perdona á tu hermano; da la diestra
En prenda de amistad al delincuente.....
¡No, delincuente, no! Soy inocente:
Limpio de crimen tengo el corazón.....

Pero di, ¿me perdonas?—Nada tengo
Que perdonar. Has hecho justo alarde
De tu valor. Si fueras un cobarde,
Me avergonzara de tu raza en ti.
Contra ti no hay venganza: eres el hijo
De mi padre y señor..... Dame la mano.....
Al fin vencido estoy; pero es mi hermano
El único rival que hay para mí.

Siempre es Oyón el vencedor..... ¡No importa!
¡Hieres bien, mi Gonzalo! No creía
Tan robusto ese brazo todavía;
¡Eres muy joven, pero hieres bien!
Sí; con más años, tu victoria hubieras
Con mi muerte infalible señalado.....
Aun no es firme tu pulso..... —¡Me has dejado
Con vida y sangre..... y con vigor también!

Mis labios arden..... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo..... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del día hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón..... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve..... quiero saber tu desventura.....

¡Somos en todo hermanos: en bravura,
En desgracia, en destierro y en dolor!

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se lo trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama
Y que el agua deleita cuando cae.

Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
Á la sombra de un roble. Fueron lecho
Á su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Quando ya el sueño plácido y quieto
Y el confortante bálsamo del aura
La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo: — ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. —